

Cuentos de la madre luna

Rebeca Segovia Sánchez

CAPÍTULO 1

MADRE LUNA

Dicen que la Luna sangra, y dicen que la Luna llora, y dicen que una noche de agridulce nostalgia lloró la Luna un hada. Muchos aldeanos creyeron oír lluvia cuando el bebé rompió a llorar en un canto: El cielo negro teñido de algún reflejo de antiguo azul empezó a arrojarse con nubes como si tuviera frío; Ella, la Madre Luna, habló en un trueno a los dioses y así Prometeo conoció su nombre de los labios blanquecinos de la mágica Luna. Luna llena gritó en un rayo y así anunció que esa noche lloraría a la hija de Prometeo.

En un silencio precioso, guiado por el compás de la lluvia, nació cantando Laoré. Y cayó, y cayó, como una pluma cortando alientos en el decorado del mundo. Dicen que hubo quien salió de su casa para beber el agua de la lluvia de esa noche, y su cabello se volvió blanco mortecino, como Madre Luna, y su voz angelical como Laoré. Cuentan algunos ruiñeños que despertaron esa noche al escuchar la triste trova que una pequeña hadita, de un blanco casi traslúcido, dejaba que pululara en el viento. Nunca más cantaron los alados cantores pues jamás podrían deleitar al universo con semejante belleza.

Laoré cantaba a un amor desdichado; cantaba a los mares y a los trovadores que un día se enamoraron de la Madre Luna y la arrullaron con olas y trovas. Y cantaba a los amores de la Madre Luna por el Dios de la palabra y el fuego, su padre Prometeo. Madre Luna lloraba y hacía llover porque su dulce enamorado iluminaba la noche con el fuego de sus dedos y quemaba la palidez de Madre Luna. Así que un día Prometeo decidió entregar a los hombres el fuego para poder entrar con sigilo en la noche.

Madre Luna jugaba con los mares y mecía sus aguas en mansa bravura y quiso acercarse a la Tarde a preguntar por su amado. La Tarde no supo quitar su

amargura y dijo a la Luna que el dios era oscuro, pues regaló entero su don a los hombres y dejó manchado de azules el cielo. Y cuando la Luna de dolor moría y llena de pena como llena estaba, surgió Prometeo de la oscura Mañana que dejó en tinieblas buscando a su amada.

Cuentan en la aldea que jamás se vio eclipse más bello ni más resplandor a pesar que nada parecía dar luz. Se llenó el firmamento de tantos colores que hasta las estrellas parecían moradas. Esa noche tibia muchos se enamoraron, y los mares y los trovadores languidecían de amor y cantaban arrullos y trovas tan emocionadas que todos lloraron.

Después de esa Tarde, Luna estuvo llena nueve largas noches y, aunque no había ya ni fuego ni luz, ella reflejaba belleza inmortal. En sus ojos claros mirada serena y todo quedaba bañado de azul.

Mientras que aquel dios, padre de Laoré, vagaba en el cielo buscando calor.

Una estrella dorada se le regaló y decidió darla cobijo en su corazón. Y volvió a lucir, y la noche volvió a tener día, y la Luna volvió a tener frío.

Creen algunos gnomos que allá entre montañas reposa un gran lago. Un lago salado que lloró la Luna de aguas plateadas y reflejos morados y allí se bañaba el Hada Laoré. Allí se veía a la Madre Luna cuidando a su niña de pálida piel y soprándole brisa para que su canto enfermara de amor a todo mortal.

Y así como el fuego, en pena sin medida, le dio Prometeo al hombre la palabra que esa noche escribió taciturno y apenado el primer poema que jamás brotara de la rosa que el hombre lleva en su interior. Y así nació en la Tierra la poesía, arrullada por las olas y el viento, y un canto fantástico de una mujer casi Luna.

CAPÍTULO 2

Laoré

Yo nunca fui esmerado en narrar lais, pero cuentan los que oyeron de aquellos que lo vieron, que hubo un rey poderoso que guiaba ejércitos y dominaba tierras. Conocido era Lorís en toda Bretaña por su gran fortaleza y por la belleza angelical de su esposa, la reina Sitgre. Tenían estos reyes un hijo, de alto linaje y grandiosa hermosura. Las doncellas del reino ansiaban sus ojos de negro azabache y sonaban con sus labios de tibio color. Pero él nunca pensó en casarse ni en doncella alguna que se conociera. Pasaba sus años de fugaz juventud entre juegos y cacerías con sus cortesanos.

Cuentan algunos que en un día de aquellos quedó el príncipe dormido a la orilla de una fuente. Manaba de la misma un arroyuelo de agua pura y cristalina que hacía que los guijarros del fondo relucieran como el oro. Se hallaba situada bajo la imponente sombra de un abeto centenario, el último del bosque que daba paso a la mágica pradera. El gorgoteo del agua mecía el dulce sueño de Mandrac hasta que el último rayo de sol antes del ocaso se coló entre las ramas del árbol y le despertó. Sus cortesanos habían regresado a palacio hacía largo rato cansados de buscarle sin resultado.

Dio de beber a su caballo y cuando a montar se disponía vio, en sueños todavía quizá, la imagen de una doncella que caminaba cautelosa pero delicadamente por la pradera. Sus cabellos anaranjados se mecían hasta que se perdía su cintura y estaban coronados por flores entrelazadas que daban a su frente y su rostro un aroma de peculiar dulzura. Su mirada azul se reflejaba en la túnica que dejaba ver sus pies descalzos acariciando las flores nuevas. Parecía que el sol no quisiera irse de la pradera para iluminar semejante belleza.

Quedó el príncipe Mandrac maravillado y su corazón fue capturado por Amor al instante.



Volvió a palacio ya entrada la noche pero le fue imposible dormir recordando aquella grata visión. Sin duda era un ser de otro mundo, de aquellos en los que Mandrac nunca creyó como tampoco creyó que pudiera enamorarse y perder la razón.

Así volvió al día siguiente a aquel mágico lugar y esperó al remanso de la fuente.

Cuando la tarde empezaba a caer y el misterio de la noche comenzaba a llenar el bosque y la pradera, surgió como de la nada, la doncella que ayer le había encantado. Quedó inmóvil el príncipe y sin poder decir palabra. Entonces ella se acercó despacio, le miró con infinita dulzura y una delicada lágrima resbaló por su mejilla.

- Apartaos, mi dulce príncipe, pues vos no podéis entrar en mi mundo. Huye de este bosque o no podrás volver a vivir con sosiego. Avalón, el reino de las hadas, no es para vos.

Estaban tan cerca que Mandrac podría haberla besado pero su tristeza era tal que se dejó caer y, arrodillado, empezó a enturbiar con sus lágrimas el agua clara de la fuente en la que todavía se reflejaba la doncella.

Volvió a palacio con la cabeza agachada a paso lento sobre su caballo, haciendo terribles esfuerzos para no volver la vista hacia la fuente donde la doncella lloraba porque jamás vio mortal más bello que Mandrac.

Todos en la corte notaron su pesadumbre y la reina, su madre, no podía entender la razón de ese cambio de humor.

-Mandrac, amado hijo, no sé qué os duele ni qué os atormenta; decidme si puedo hacer algo por calmar vuestra angustia.

En verdad estaba enfermo de amor. Nunca había visto doncella más misteriosa y hermosa y nunca jamás- pensaba- podría amar a otra.

Aunque de sobra sabía, porque Razón así obraba, que no debía volver a verla, al día siguiente se dirigió hasta la fuente con la esperanza de que las palabras con las que ella le había desterrado de su mundo, fueran un horrible sueño. Mas, cuando al lugar llegó, vio que la doncella con otro caballero estaba hablando

mientras paseaban por la pradera. La tristeza de Mandrac era ya inmensa y suspiraba estas palabras:

-Oh Laoré, que así os he oído llamar, dejadme al menos miraros aunque sea desde mi pequeño mundo.

El caballero que caminaba con Laoré, el que Ricard era llamado, volvió el rostro y vio, al pie de la fuente, a su mejor amigo asolado por la mayor tristeza que él jamás había visto. Se dirigió al príncipe con estas palabras:

-Mandrac, amigo, no quisiera matar en vos la esperanza, pero no habrá mortal de vuestro mundo que pueda tocar a la reina de las hadas.

Así quedó Mandrac desolado y dolorido en gran pena, sin por nadie ser consolado.

Montó en su caballo y sin más carga que su presencia partió hacia tierras lejanas. Allí aprendió el arte del buen trovar y cuentan los ecos que fue muy grande su fama.

Pero sus cantos eran los llantos de su corazón que hacían languidecer a aquellos que le escuchaban:

*¡Cuán callada está la noche!
mas no mediaré palabra
si no es hablando con vos.
¡Cuán no moriré si vos no me miráis!
Mi bien ¿Qué haré
si la llama más dulce quema mi pecho,
si la muerte más cálida ronda mi lecho,
si soy todo de vos y por vos despierto,
si no hay pena ni dolor que no sufra por veros?
¿Qué es esto que mi alma anhela?
¿Qué es este vino que embriaga mi pena?
Es Amor que por ti me quema
Es amargo placer que mi vida se lleva
y es muerte que a vos y por vos me condena.*

Así pasó Mandrac varios años sin encontrar remedio para su enfermedad.

Una noche, una de tantas, volvió el príncipe bajo la intimidad de la oscuridad deseando ver a Laoré con su halo misterioso flotando en derredor.

Llegó al pie de la fuente y allí estaba su amigo Ricard, triste y desconsolado:

-Amado Mandrac, temí perderos para siempre. Laoré nunca saldrá de su palacio de hadas; y yo os estimo tanto a vos y a vuestro mundo que jamás podría perderos ni por el tesoro más valioso.

La noche era oscura y fría. Mandrac y Ricard pasearon y pasearon hasta casi el alba conversando sobre las desventuras de Amor, y su cálida amistad volvió a florecer como en aquellos días de tierna juventud.

Cuenta la leyenda que Laoré murió de pena viendo alejarse a los dos caballeros, y sus lágrimas se estancaron en un lago en el que, en otros tiempos, se bañarían las ninfas.

Dicen que la fuente se secó y que jamás, ningún caballero volvió allí a probar las lágrimas saladas de Laoré; y si algún mortal osaba a bañarse en el lago, moriría de pena y caería en los brazos de la triste Melancolía.

Según cuentan algunos, Mandrac y Ricard fueron famosos en el reino, pues nunca sé vio amistad más fuerte y sincera, e incluso se dijo que alguien los vio besarse al pie de una fuente seca mientras tallaban en la roca el nombre de

Laoré

Así lo cuentan y así fue, y este lai ha querido recogerlo. Sabed que la amistad es el tesoro más valioso y que olvidar es imposible, tanto como evitar que la rosa se marchite.



CAPÍTULO 3

Eliaduc

Dice la leyenda que en tierras del norte, donde el frío apremia, vivió y hace tiempo una hermosa doncella. Era dulzura y pasión y tenía en sus labios más miel que un panal. Dos luceros eran sus ojos que incendiaban de calor al objeto de su mirada.

La doncella estaba triste. Pasaba las noches llorando en su alcoba, peinando con extrema suavidad sus rizos dorados.

Si la noche se hacía oscura salía a respirar el olor de la mar y a escuchar la nanas que le cantaban las olas.

La doncella estaba triste porque había de casarse con un caballero noble y altivo que si de apuesto sobraba, de poco amor ella le miraba.

Una noche, una de tantas, salió al balcón a preguntarle a la Luna qué iba a pasar con su matrimonio y llena de dolor le cantó una trova para que la hablara en la noche.

Eliaduc había cerrado los ojos y cantaba a la Luna pidiendo consuelo, y estaba tan bella y tan llena de dolor que Madre Luna la habló.

La besó en los labios con bellas palabras, la miró a los ojos con tiernas miradas, le cantó al oído trovas y poemas y la fiel doncella cayó encantada entre los arrullos de la Madre Luna y quedó hechizada de aquella magia que sólo esa noche del cielo llovería.

Allá entre las olas mandó su reflejo la Luna y en un rayo de blanca suavidad besó a la doncella. Y así desvelaron sueños y noches en dulce armonía de amor inmortal.

Hasta que la Luna comenzó a menguar.

Eliaduc salía al balcón cada noche y la Luna era más chiquita cada vez, hasta que desapareció.

Cuentan en la aldea que los cisnes lloraron pues todos sabían que la Luna había dejado helado el cielo y su canto era amargura como tristeza su llanto.

Dicen que esa noche salió Eliaduc al balcón para mirar a la Luna y amarla de lejos, pero no la encontró.

Allí, entre las olas, nadando hacia la playa, vio una muchacha de pelo azabache, como una Luna gitana.

Se acercó a Eliaduc, hasta su balcón, y, secando sus lágrimas con un beso cálido, le dijo al oído que ella era su amor.

Así la doncella la reconoció; era Madre Luna nacida en mujer, y había roto el cielo.

Todos en el pueblo buscaban desesperados sin saber dónde se ocultaba la Luna. Resignados y llorando decidieron llamar a esa noche “novilunio” y fue tan oscura que ni las estrellas podían dar luz.

Y así Madre Luna se acercó a Eliaduc, la besó mil veces y la enamoró, y vivió esa noche como un humano más aunque le había robado su cuerpo a un hada.

Cuentan las estrellas y los duendes de la espuma del mar que no hubo en el mundo un amor más grande como el que esa noche crearon Eliaduc y la Luna. Y así, abrazadas, casi salió el Sol, y llorando lluvia Luna se marchó dejando a Eliaduc soñando en su alcoba.

Luna la quería, la amaba con pasión, pero no podía abandonar el cielo y la noche, los duendes y los mares, los trovadores y las olas, las estrellas y el Sol... y volvió a su cielo después de tres noches de plena oscuridad. Desde allí veía llorar a Eliaduc y ansiaba sus labios de dulce calor y desde allí la besaba con un rayo de su luz, que al fin y al cabo, era luz de su Sol.

Dice la leyenda que la Luna volvió creciendo a su noche y que de nuevo la iluminó el Sol y reinó la armonía en el firmamento.

Pero Madre Luna ocultó su llanto tapando su cara a la luz del Sol.

Y ésta es la historia de la Madre Luna, que dejó llorando a una bella mortal y se hacía mujer cada “novilunio” para estar con ella, besarla y amarla con su luz y su frialdad y escribirla historias como sueños morados desde un cielo lejano, como esta, firmando con lluvia: Te quiero, Eliaduc.

Y cuentan los que oyeron de aquellos que lo vieron que ni el viento osaba rozar a Eliaduc pues allá en el cielo lucía una mirada como ángel guardián de la Madre Luna.

“No hubo en la tierra amor tan hermoso, aunque fuera eterno, como eterno era el de la Luna y el Sol”.



CAPÍTULO 4

Los mares

Hablaron los Mares; Con furia y con rabia de mareas letales que hasta las sirenas temen su oleaje, y se esconden extrañas en sus palacios de coral.

Los vientos no saben qué le pasa al Mar, no entienden que pena puede sufrir hoy, ni, porqué, clamando, chocan con las rocas e intentan trepar los acantilados, y no pueden nunca calmar su dolor.

Llegaron los duendes, esos de la espuma, y con voz de cristal, piden a los Mares que les deje paz para sus quehaceres. Y miles de ellos, jugando y bailando, clamaron al agua que ya no llorase, y la Mar seguía rompiendo su voz.

Y hundida en hinojos, gritando en la playa, estaba rezando el hada Laoré a la Madre Luna, para que calmara a los Mares pidiendo piedad:

" Luna de los Mares, oh, mi Madre Luna, no rompas el cielo, no muevas las olas, no agites los vientos; que bello es tu nombre brillando en el cielo, que con tus influjos seamos tus súbditos y nos des la luz cada noche nueva."

Y Mares y Ríos siguieron luchando a vida o muerte con el Sol.